



**Inauguración del curso académico
del sistema universitario catalán 2009-2010**

Los retos del conocimiento: ¿puente o deriva?

Mustapha Cherif

<http://www.uoc.edu/inaugural09/fra/cherif.pdf>

Presentación

**Discurso inaugural del curso académico
del sistema universitario catalán 2009-2010**

Imma Tubella, rectora de la UOC

Discurso inaugural del curso académico del sistema universitario catalán 2009-2010

Imma Tubella

Este curso la UOC celebra sus 15 años, y se siente muy honrada y agradecida por iniciar esta celebración con este acto solemne. Es el mejor regalo de cumpleaños que podíamos esperar. Así pues, muchas gracias.

Aunque sea muy brevemente, permítanme que dé las gracias de forma efusiva al colectivo docente e investigador, al personal de gestión y a los estudiantes y graduados y graduadas de la UOC, al conjunto de nuestra comunidad por su fantástica tarea durante el curso 2008-2009, resumida en la memoria presentada por nuestro secretario general, que nos muestra una universidad de vanguardia, abierta a las ideas, a las personas, al territorio; una universidad profundamente arraigada en Cataluña y también abierta por completo al mundo.

Permítanme, muy brevemente, explicarles por qué le propuse esta conferencia inaugural al profesor Cherif: porque es un viejo colega y amigo y porque admiro su obra, su pensamiento y su acción, pues no es fácil defender de manera militante y en el contexto donde vive *la apertura, un islam abierto y tolerante*. También, y muy especialmente, pensé en él porque es miembro de la comunidad UOC, es uno de nuestros profesores. Es el director del máster de Estudios islámicos y árabes, uno de los másteres que abrirá este curso nuestro campus global y multilingüe, y que cuenta con la colaboración de una quincena de profesores de alto nivel, de todos los países del Magreb, de Francia y de Bélgica. En estos momentos ya tenemos estudiantes de Europa, del Magreb e incluso de América que cursarán esta nueva oferta formativa; esto muestra, tal como decía el profesor Cherif, que el conocimiento no tiene fronteras.

Quiero decir aquí que este máster es producto de la preocupación del consejero Huguet sobre el Magreb. Me sugirió que la internacionalización hacia América Latina estaba bien, pero que había que fijarse en nuestros vecinos, en el norte de África, con quienes compartimos mar, un tejido ancestral de relaciones, cultura y también país, porque muchos de ellos viven aquí.

Hecha esta introducción me gustaría tratar brevemente dos puntos y poner sobre la mesa algunas reflexiones finales:

1. El primer punto es el papel transformador de la educación.
2. El segundo, la necesaria transformación de la universidad.
3. El tercero, una breve conclusión que nos permita encarar el futuro.

1. El papel transformador de la educación

Con respecto al primer punto, el papel transformador de la educación, si realmente pensamos que nuestro país necesita un nuevo patrón de crecimiento y que la universidad es un potente instrumento de innovación y un factor de bienestar, tendríamos que situarla en el centro del debate social y dotarla de los recursos necesarios para que pueda afrontar los retos a los que se enfrenta. En pocas palabras: ya es hora de que hagamos de la excelencia educativa una prioridad nacional. Nos jugamos el futuro como país. Y no tenemos mucho más tiempo que perder.

Lo que acabo de decir no es producto de ninguna iluminación de una cálida noche de verano. Hay países que han iniciado este camino desde hace tiempo: Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, y, de manera clara y contundente y como parte fundamental de su proyecto de país, Dubái, Corea, Singapur, y, desde principios de septiembre, Finlandia.

La construcción de una nueva economía, la transformación de la sociedad o la lucha por la equidad necesitan el apoyo del conocimiento y la complicitad de la universidad. No podemos construir un proyecto de país basándonos sólo en la historia, también se ha de fundamentar en la calidad de vida de sus ciudadanos. Y de todos modos, nuestra historia tiene muchos ejemplos de que un país no necesita ser grande o poderoso económica o militarmente para ser influyente. El cambio no suele venir de los recursos naturales. Viene de las ideas. Y las ideas las tienen las personas bien formadas.

Aunque no estuviéramos interesados en transformar el modelo de país, en momentos de crisis económica y, no lo olvidemos,

también social, es cuando se hace más evidente que invertir en una formación de calidad para las personas es la mejor estrategia para favorecer su ocupabilidad, su bienestar futuro y el del conjunto de la sociedad.

Es precisamente en estos momentos, en momentos de crisis, cuando todo el mundo vuelve su mirada hacia el conjunto del sistema educativo, que recibe la presión de una sociedad preocupada por mantener sus niveles de vida y unas conquistas sociales que ha alcanzado con mucho esfuerzo. Y el sistema educativo vuelve su mirada hacia los poderes públicos, preocupado por los problemas de financiación característicos de toda crisis económica. Pero como decía Joan Guinovart recientemente en una entrevista, «si creen que la educación y la investigación son caras, prueben con la ignorancia y la mediocridad».

Hoy, y más concretamente en nuestro entorno, los problemas de la educación tienden a reducirse a aspectos cuantitativos: más presupuesto, más profesores, más o menos créditos, más o menos educación. Pero creo que la solución va más allá de invertir más dinero público en el sistema educativo (que también). Se trata de ser valientes e innovadores, pues estamos en una sociedad que se está transformando a un ritmo acelerado y que requiere también de nuevas respuestas a los retos educativos. Hay que formar durante más tiempo, hay que formar mejor y hay que formar a más gente, y para hacerlo, la universidad también se tiene que transformar. No podremos dar respuesta a los retos que tenemos si no sabemos hacer del sistema educativo un agente de innovación.

Así pues, el objetivo de la educación superior es, o tendría que ser, la mejora de la calidad de vida de los ciudadanos, porque contribuye al desarrollo de las personas, de la sociedad y de la economía. No olvidemos que todos los estudios e informes elaborados, por todo tipo de instituciones y en todo el mundo, dicen muy claramente que, en el siglo XXI, las naciones económicamente poderosas serán las que hayan sido capaces de convertirse en sociedades de aprendizaje, las que hayan hecho del aprendizaje a lo largo de la vida su objetivo central. Y para hacerlo necesitarán instituciones educativas tan fuertes como flexibles para poder adaptarse a los nuevos tiempos y a las nuevas demandas, porque la universidad tiene que responder a las demandas de la sociedad, que no es lo mismo que responder a las demandas del mercado.

Me parece que existe el consenso necesario sobre la necesidad de cambiar hacia una economía basada en el conocimiento, y la crisis nos ofrece una magnífica oportunidad para hacerlo. Pero no lo conseguiremos si no tenemos una estrategia nacional orientada a reforzar la investigación y la innovación y unas universidades emprendedoras orientadas hacia la excelencia académica.

Pero decía que no podemos transformar la sociedad si no transformamos antes la universidad, y aquí entramos en el segundo punto.

2. La necesaria transformación de la universidad

Durante este último curso, he asistido a diversas reuniones internacionales con ministros, rectores y responsables de instituciones

educativas de todo el mundo. En todas las reuniones, ha surgido el problema de la preocupación del cambio en la tipología de los estudiantes que llegan a la universidad.

Nuestros jóvenes menores de 25 años han crecido en un momento en que el móvil, internet, Twitter o Facebook son tan normales como los refrigeradores en nuestra época. Esta inmersión interactiva en un estadio formativo de su vida ha afectado a cómo piensan y aprenden.

Hay una diferencia cada vez mayor entre el modelo de aprendizaje ofrecido por las universidades (escuelas e institutos) y la manera natural en que nuestros jóvenes digitales aprenden. El indicador de lo que está pasando lo tenemos en Estados Unidos, donde las clases magistrales pierden asistentes. Así, por ejemplo, el MIT (Massachusetts Institute of Technology) este curso ha cerrado los grandes anfiteatros de física y los ha sustituido por seminarios reducidos y prácticos. Les invito a visitar la página de YouTube y buscar una de las fantásticas clases del astrofísico holandés Walter Lewin. El primer vídeo que consulté lo habían visionado casi 250.000 personas. Era una clase magistral en un anfiteatro prácticamente vacío. En cambio, sus mismos cursos emitidos por la televisión por cable de la Universidad de Washington en Seattle han sido ya vistos por más de cuatro millones de personas, y en el MIT su curso de introducción a la física es seguido por 40.000 personas cada mes mediante el acceso al OpenCourseWare. Pero repito: sus clases, que antes tenían 500 o 600 estudiantes, ahora tienen 10, con suerte. Y esta es la tendencia en todas las grandes universidades norteamericanas.

Los nativos digitales quieren un tipo de educación más interactiva. Ellos aprenden diferente, de manera no secuencial, asíncrona, multitarea y colaborativa, y reclaman un profesor que sea más un mentor que un depositario único del saber. Y eso pasa en primaria, en secundaria y en la enseñanza superior. Los estudiantes quieren y necesitan otro tipo de enseñanza, y si nosotros los ignoramos, ellos acabarán por ignorarnos a nosotros. Ahora más que nunca tienen sentido las palabras de Montaigne: «Vale más una cabeza bien hecha que una cabeza bien llena».

Ya es hora de que asumamos que las universidades hemos perdido el monopolio y de que aceptemos que la web se ha convertido en la infraestructura dominante de acceso al conocimiento, a la vez como contenedor y como plataforma global de intercambio entre la gente. Un ejemplo, de los múltiples que podríamos encontrar, tanto referidos a la docencia como a la investigación, es el del portal Academic Earth. En él, ocho universidades norteamericanas de excelencia (Berkeley, Harvard, MIT, Princeton, Standford, UCLA, Yale o el National Institute of Health) ofrecen cursos libres en la red que se pueden seguir en todas partes sin dificultad. Su objetivo es ofrecer, a todo el mundo, educación superior de excelencia, libre y gratuita a través de un ecosistema educativo que permita, a los internautas de todo el mundo, el acceso fácil e interactivo a las clases magistrales de los mejores profesores. Los estudiantes califican los cursos y a los profesores, hacen contribuciones y, de alguna manera, se transforman en prescriptores.

Academic Earth inició su funcionamiento en periodo de pruebas el 18 de enero pasado. Durante las primeras seis semanas recibió 409.050 visitas. Sus usuarios pasan una media de 27,04 minutos por visita, una eternidad en internet. La revista *Time* ha considerado Academic Earth el Web del año 2009.

La universidad no puede vivir de espaldas a sus estudiantes; cada vez son más los que reclaman reformas o transformaciones reales.

Ellos piensan que la educación es esencialmente un proceso interactivo y transaccional. Así pues, es necesario abrir las puertas y dar paso a nuevas metodologías de aprendizaje que se orienten hacia el estudiante, que sean integradoras y accesibles, cooperativas y que aprovechen el uso estratégico de las tecnologías digitales. Sin darnos cuenta de ello, las TIC han cambiado aspectos en todo el ámbito académico, y estoy segura de que cambiarán todavía muchos más, y no debido a que lo hubiéramos planificado desde las instituciones universitarias o desde el Gobierno. Los cambios los están liderando nuestros estudiantes con su práctica cotidiana, y en la mayoría de casos lo han hecho a pesar de nuestra resistencia.

Así pues, estoy convencida de que la gran fuerza que cambiará la universidad será la práctica de los estudiantes digitales. Y, si no me equivoco, o los escuchamos y cambiamos el modelo pedagógico y transformamos las estructuras de gobierno, o ellos lo harán por nosotros.

3. Conclusión: enfocando el futuro

En un artículo reciente del *New York Times* muy controvertido, Mark Taylor, profesor de la Universidad de Columbia, decía que la mayoría de las universidades norteamericanas producen un producto para el que no hay mercado y desarrollan competencias para las que no hay demanda, desarrollan investigación en campos hiperespecializados y publican en revistas que sólo leen los colegas que piensan lo mismo, y advierte que, en último término, la preocupación máxima que tienen es engordar el currículum. Y todo eso con unos precios cada vez más elevados.

El artículo fue criticado duramente por una parte de la academia y, si yo lo comento aquí, es porque enlaza con las preocupaciones, por ejemplo, de personas tan respetadas como Edgar Morin, que en sus últimos libros defiende volver a la edad media, volver a la *universitas magistrorum et scholarum*, a la comunidad de profesores y estudiantes multi e interdisciplinar, colaborativa e interactiva, donde no existía la separación de los saberes, de las disciplinas, de las ciencias, una separación que produce espíritus incapaces de relacionar el conocimiento, de reconocer los problemas globales y fundamentales, y de afrontar los retos de la complejidad de nuestras sociedades.

La realidad es que hay una falta de adecuación cada vez mayor, profunda y grave, entre nuestros saberes separados, desmenuzados, compartimentados en disciplinas, y, por otra parte, el conjunto de realidades y problemas cada vez más interdisciplinarios, transversales, multidimensionales, transnacionales, globales y planetarios.

Morin piensa que esta reforma sólo puede venir de la mano de la educación, pero desgraciadamente nuestro sistema educativo tendría que transformarse para ser capaz de reformar. Morin habla de regresar a la edad media desde un punto de vista conceptual, de filosofía, pero en cambio también habla de abandonar la edad media desde el punto de vista de la estructura de nuestras instituciones.

En resumidas cuentas, se escuchan voces en todo el mundo y en todos los foros que dicen que hay que reformar la educación superior, que hace falta un debate profundo sobre qué universidades queremos para la sociedad red y para los estudiantes del siglo XXI, para los estudiantes digitales.

El conocimiento es uno de los raros bienes que se multiplican, agrandan y enriquecen cuando se comparten, y como dice en su último libro otro miembro de nuestra comunidad, el profesor Castells, vivimos en una sociedad fundamentada no tanto en compartir la cultura, sino en la cultura de compartir. Y, si queremos ver una muestra, observemos qué hacen nuestros jóvenes en internet y fijémonos en cómo gestionan la inteligencia colectiva.

Hay que saber empezar, y el comienzo sólo puede ser anti-conventional y marginal. La universidad moderna, que rompió la tradición de la universidad medieval, nació al principio del siglo XIX en Berlín, capital de una pequeña nación periférica: Prusia. Después se propagó por Europa y por el mundo. Ahora hay que reformarla. Y la reforma empezará también de manera periférica y marginal. Estoy convencida, después de analizar a fondo las tendencias y los grandes debates internacionales, de que la universidad del futuro será abierta y colaborativa o no será.

Cada universidad debe tener claras sus prioridades y su identidad, y acto seguido tiene que estar abierta a colaborar.

Cataluña es un territorio ideal de experimentación. Tenemos un sistema completo y diverso, con doce universidades, públicas y privadas, generales y territoriales, presenciales y virtuales, con unos centros de investigación potentes y diferenciados. El sistema universitario catalán en su conjunto es reconocido como un sistema innovador que ha sabido incorporar metodologías de aprendizaje y sistemas de evaluación que son pioneros en Europa y en todo el mundo. Tenemos una agencia de calidad de prestigio, somos capaces de atraer a estudiantes extranjeros y muy fácilmente podríamos ser trilingües.

Tenemos la gran oportunidad de liderar la transformación necesaria de la universidad, y al hacerlo podemos ayudar a transformar el país. Pero no podemos perder el tiempo, porque, si no lo hacemos nosotros, o bien lo harán otros, pues el negocio del conocimiento es atractivo, o bien lo harán nuestros jóvenes. De hecho ya han empezado a hacerlo, tanto unos como otros.

¿Qué tenemos que hacer para que eso pase? Yo sólo veo una solución, una solución que hace cien años Ortega propuso en su opúsculo *La universidad de masas*: «Dar la vuelta a la universidad» o, por decirlo de otra manera, *transformar la universidad*. Porque, como escribió Einstein, «no pretendamos que las cosas cambien si siempre hacemos lo mismo».

Presidente, autoridades, colegas..., ¡muchas gracias y muy buen curso!

Imma Tubella
Rectora de la UOC

Los retos del conocimiento: ¿puente o deriva?

Mustapha Cherif

<http://www.uoc.edu/inaugural09/esp/cherif.pdf>

Resumen

Por una parte, mientras que la era de la globalización se acelera y Occidente se aventaja en el ámbito científico y en creciente concentración de riqueza e instrumentos de poder, el conocimiento del otro, de los vecinos de la orilla sur, es prácticamente inexistente. Por otra parte, el mundo musulmán –a pesar de las bazas a su favor y su carácter heterogéneo– continúa políticamente subdesarrollado y no prioriza lo suficiente el conocimiento. La ignorancia es la causa principal de los problemas de desarrollo, las dificultades de convivencia, la debilidad de los intercambios y los conflictos. En cuanto a los retos del conocimiento, la responsabilidad es común. En la era de las nuevas tecnologías de la información, la cuestión del saber atañe a universitarios y políticos, afecta al futuro de la sociedad. El debate ya no se genera entre un Occidente liberal y un Oriente tradicional, sino que consiste en concienciarse de que ya no existen fronteras. Es necesario proveerse de los modelos teóricos que permitan comprender las singularidades y las sutilezas de la cultura del otro, y buscar la síntesis y la coexistencia. La necesidad de reforzar la universidad en su misión de enseñar un saber crítico, abierto, independiente y libre es el reto de nuestro tiempo. Es posible reinventar valores compartidos. El conocimiento mutuo es el más bello y sólido de los puentes.

Palabras clave

conocimiento, islam, mundo musulmán, Occidente, globalización, modernidad, justicia

Por una parte, mientras que la era de la globalización se acelera y Occidente se aventaja en el ámbito científico y en creciente concentración de riqueza e instrumentos de poder, el conocimiento del otro, de los vecinos de la orilla sur, es prácticamente inexistente. Por otra parte, el mundo musulmán –a pesar de las bazas a su favor y su carácter heterogéneo– continúa políticamente subdesarrollado y no prioriza lo suficiente el conocimiento. La ignorancia es la causa principal de los problemas de desarrollo, las dificultades de convivencia, la debilidad de los intercambios y los conflictos. En cuanto a los retos del conocimiento, la responsabilidad es común. Cada uno evita el debate crítico sobre los problemas actuales. La negación de la realidad es la principal característica de los discursos dominantes. Domina la incomprensión recíproca entre las dos orillas del Mediterráneo, la opinión pública acaba por ver sólo la violencia

del otro, cuyas razones no alcanza a comprender. Sin embargo, existe un tejido relacional transcultural ancestral que atestigua la existencia de profundos vínculos y de una posible inteligencia del otro. Teniendo en cuenta que el futuro será común o no será, urge orientarse, en la reciprocidad de derechos y deberes, hacia el conocimiento mutuo y el debate, que son los caminos válidos para conseguir un mundo más abierto, para construir puentes y crear simbiosis, accediendo de este modo a niveles imposibles de alcanzar de manera individual, aunque sin abdicar ante las derivas.

En el ámbito político, los países occidentales y las instituciones mediante las que se relacionan son estables y se perfeccionan. Occidente sigue siendo la fuente de la reglamentación y los conceptos que se han creado en materia de gestión de relaciones internacionales. No obstante, la crisis multiforme, los desequilibrios

y las dificultades para unir ética y eficacia, pluralidad y unidad, justicia y riqueza, exigen un especial enfoque hacia el conocimiento, que permita aprender de cada uno y tener en cuenta los valores propios de cada persona para preparar el mundo del mañana. Algunos políticos afirman, con razón, que no hay paz sin justicia, pero sin conocimiento no habrá ni una ni otra, nada es neutro. Al contar con el conocimiento se apuesta por el largo plazo, porque el conocimiento es uno de los extraños bienes que se multiplica y se enriquece cuando se comparte.

El progreso de las ciencias¹ ha permitido poner fin al dominio de los relatos de la modernidad,² que pretenden dar explicaciones definitivas y de sentido único sobre la historia,³ la experiencia y el saber humanos. El relato del saber moderno sobre la emancipación del ciudadano sobre la única base del progreso material, la racionalidad y el liberalismo es discutible y discutido. El saber no puede ser reducido a una información-mercancía unificadora e integradora. En general, el pensamiento occidental considera que sus valores, referentes y normas relativos al individuo y la sociedad, el tiempo, el espacio, la ley y las relaciones con el otro son los únicos válidos, mientras que estos valores plantean problemas a otras culturas. De ahí se desprende la importancia de buscar valores comunes, un horizonte universal. Es decir, admitir el derecho a la diferencia, a la crítica, otorgar derecho de ciudadanía a historias singulares, a lenguajes antiguos y nuevos, que permitan hacer retroceder las injusticias, dejar que se exprese la alteridad y favorecer lo esencial: la convivencia.

La crisis de la democracia, de la universidad, las transformaciones tecnológicas sobre el saber, la traducción del conocimiento en cantidad de información, llevan a plantearse la cuestión del estatus del saber en las sociedades del futuro. La informatización lleva a reconsiderar la transformación del saber y sus consecuencias políticas. Algunos filósofos modernos se plantean, con razón, cuestiones fundamentales, como «Quién decide qué es el saber y quién sabe lo que conviene decidir».

En la era de las nuevas tecnologías de la información, la cuestión del saber atañe a universitarios y políticos, afecta al futuro de la sociedad. No se reduce a la alternativa entre un saber «tecnológico» o «crítico». La cuestión del conocimiento es un problema social que no se puede limitar a los especialistas sino que concierne a todos los ciudadanos. El debate ya no se genera entre un Occidente liberal y un Oriente tradicional, sino que consiste en concienciarse de que ya no existen fronteras. Debemos inventar juntos una comunidad abierta que combine sentido y lógica, progreso y autenticidad. Existe un doble riesgo latente. El primero es imaginar que hay un único modelo válido, que sólo es verdadero lo que es calculable, rentable y eficaz. El segundo es considerar que la tradición basta para salvar al ser humano y elevarlo. En ambos casos se producen derivas.

Ha llegado el momento, pues, de reflexionar sobre las singularidades, las especificidades y las diferencias aptas para lo universal. La misión del verdadero conocimiento es restablecer la lógica del derecho a la diferencia, así como la del equilibrio. La

era de las nuevas tecnologías, ¿representa una oportunidad para trabajar por un mundo más abierto, como hace la UOC, o por el contrario, un elemento de aceleración del proceso de nivelación, de uniformización, derivas perjudiciales para todos? Debemos mantenernos conjuntamente alerta para evitar que la evolución tome una dirección errónea.

En este contexto, el mundo musulmán, que participó en el pasado en el Occidente judeo-islámico-cristiano y contribuyó a la emergencia del Renacimiento europeo, merece ser redescubierto para que las relaciones políticas, económicas y culturales entre las dos orillas sean beneficiosas para todos. Sin estrategias que desarrollen políticas del conocimiento, los obstáculos continuarán siendo insalvables. Teniendo en cuenta su proximidad, su patrimonio de civilización, su importante situación geoestratégica y el hecho de que posee el 60% de las reservas energéticas, el desconocimiento del mundo musulmán es incomprensible. En Europa se constata un retroceso en la enseñanza de islamología y lengua árabe. En el mundo musulmán, la enseñanza está sometida con frecuencia a enfoques tradicionales. La voz de un islam digno de sus más elevadas tradiciones, de un islam no «moderado» —débil calificativo—, sino de un islam de la interpretación, del saber, de la altura de pensamiento, está poco extendida.

La civilización islámica, a la que está vinculado un ciudadano de cada cinco en el mundo —de todas las etnias, culturas y países—, es mal conocida, y ello a pesar de los trabajos eruditos de orientistas e islamólogos de los siglos XIX y XX. Durante siete siglos (del siglo VIII al XV), esta fue la civilización dominante en el ámbito cultural. Objeto de controversias e inmerso en problemas políticos y de seguridad, el mundo musulmán merece ser estudiado en profundidad. El futuro entre el islam y los países occidentales, las relaciones entre las dos orillas del Mediterráneo, la obligación de hacer progresar el conocimiento para facilitar la comprensión, todo ello exige priorizar una enseñanza científica de la religión y la civilización. Así, en lugar de percibir este mundo del sur como una amenaza, debido a algunas de sus debilidades y derivas, se le debe considerar como un socio capaz de participar en la construcción de una transmodernidad, de un orden mundial justo y de una nueva civilización universal.

Occidente, por ejemplo, cree saber que el islam, en su pirámide de poderes, sitúa a la religión por encima de la política, a los hombres por encima de las mujeres, al dogma por encima de la razón, ocultando el espíritu científico y humanista que ha animado este mundo durante siglos. Es un inmenso contrasentido. Denominándose a sí misma *comunidad media*, la ciudad musulmana pretende conjugar los logros positivos de la modernidad y sus propios valores éticos, morales y espirituales. Aspira a corregir al mismo tiempo las derivas de la religión anquilosada y de la ciencia sin conciencia, del liberalismo salvaje y del ateísmo intolerante, que son deshumanizadores. Este enfoque total de la vida, voluntad de síntesis y coherencia, no es totalitario sino que se preocupa por la coherencia, como lo destacaron islamólogos de la península Ibérica como Asín Palacios y Juan Vernet.

1. http://fr.wikipedia.org/wiki/Histoire_des_sciences
2. <http://fr.wikipedia.org/wiki/Modernit%C3%A9>
3. <http://fr.wikipedia.org/wiki/Histoire>

Hoy en día existe una crisis del conocimiento. Tanto en el norte como en el sur, la pretensión de estar en posesión de la verdad lleva a la deriva. El saber se convierte en un instrumento de dominación para el uso selectivo de una categoría. Asistimos a un proceso de aceleración de la intolerancia. Existe una verdad, pero nadie posee su monopolio, nadie tiene derecho a imponerla o a apropiarse de ella. No se trata de relativismo. La búsqueda de una nueva civilización transmoderna por medio del saber y el conocimiento exige que esta civilización respete el derecho a la diferencia y recuerde sus raíces culturales para poder proyectarse hacia el futuro.

En un mundo globalizado, que impone no una descentralización sino una centralización, no un conocimiento plural y abierto al debate sino un saber de sentido único, no una globalización como síntesis de las aportaciones de todos sino una hegemonía, es urgente mantener viva la noción de libertad responsable por medio del diálogo y de la práctica del conocimiento mutuo. Porque, en la búsqueda del conocimiento, es justamente de libertad de lo que se trata, para que nadie imponga su punto de vista único. Por ejemplo, en lo concerniente a la globalización de la inseguridad, en lugar de analizar el fondo de la cuestión, esta suele ser percibida por sus efectos y no por sus causas, que son la ignorancia, las injusticias y las manipulaciones. Necesitamos un conocimiento que resuelva problemas en lugar de agravarlos.

Por ello, el acto de abrirse es fundamental. Cataluña, lugar de gran hospitalidad, tierra de Ramon Llull y de todos aquellos orgullosos de sus raíces, que alberga la sede de la Unión para el Mediterráneo como prolongación del proceso euromediterráneo de Barcelona, da ejemplos de apertura todos los días. La Universitat Oberta de Catalunya, con sus asignaturas enfocadas hacia el mundo y el futuro, es un símbolo vivo de ello. El inicio de un máster de Estudios islámicos y árabes, en este curso universitario 2009-2010, refleja brillantemente esta política audaz, sabia y responsable.

Ciertamente, ha llegado la hora de la apertura, el diálogo y la vigilancia. Ante los riesgos de deshumanización, las injusticias, las incertidumbres y las amenazas, los ciudadanos del mundo se inquietan. El deber de los investigadores es escuchar a la sociedad y al mundo para intentar no consolar sino despertar las conciencias, responder a los interrogantes, iluminar, construir puentes. Sin cuestionar los logros de la modernidad, consideran que tienen el derecho a aportar una mirada crítica sobre sus derivas. Sin cuestionar los beneficios de la religión, tienen derecho también a aportar una mirada crítica sobre las derivas de la tradición. Los valores modernos de Occidente, basados en la secularización, la democracia y el capitalismo, tienen una dimensión que otros pueblos, entre ellos los musulmanes, pueden adoptar, pero no sin condiciones ni ciegamente, ya que no constituyen obligatoriamente la respuesta soberana a los males del mundo.

Los valores culturales de los pueblos son igualmente respetables, salvo que no deriven en formas retrógradas de un sistema opuesto a la libertad. Así pues, ¿cómo se puede respetar la secularidad sin romper el vínculo y desequilibrar la relación entre las diferentes dimensiones de la vida? ¿Cómo se puede participar de manera común y pública en la búsqueda de la verdad, la belleza y la justicia, que no se dan por adelantado y de las cuales nadie posee el monopolio, sin alimentar el retorno amorfo de la into-

lerancia? ¿Cómo se puede reforzar la autonomía del individuo sin perder el vínculo social y el ser común? ¿Cómo se puede integrar el liberalismo y la economía de mercado sin perjudicar la justicia social? Tanto el repliegue de las sociedades del sur como las rupturas modernas plantean problemas. ¿Cómo se pueden remediar? ¿Cómo se puede preservar la justicia, el derecho a la crítica y la diferencia? Las respuestas a estas cuestiones sólo pueden provenir del debate, el intercambio y la escucha. Es necesario proveerse de los modelos teóricos que permitan comprender las singularidades y las sutilezas de la cultura del otro, y buscar la síntesis y la coexistencia. Eso es lo que hace falta.

El hecho preocupante es que el derecho a la crítica retrocede. El musulmán, que representa una forma de resistencia, participó, y puede hacerlo todavía, en la civilización de la ciudad. Durante siglos, humanizó las relaciones sociales y preserva de ello formas vivas. Es necesario percibir la pluralidad de las visiones del mundo y el derecho a la crítica como riquezas. Nuestra fuente común, los valores abrahámicos son, contrariamente a lo que afirman los prejuicios, una de las fuentes de la democracia y el humanismo. Los siglos de las luces y las revoluciones científicas les dieron una trayectoria específica y ambivalente, cuyos callejones sin salida todavía son visibles.

Lo que resulta problemático es, por una parte, la representación del mundo occidental, que provoca disfunciones importantes que enmascaran a duras penas una violencia impuesta en nombre de la filosofía del progreso liberal. El modelo dominante produce formas de dependencia, deshumanización y desequilibrio que sobrepasan los progresos y las oportunidades. Por otra parte, también son problemáticos el repliegue, la violencia ciega y el cierre de las sociedades del sur tentadas por la religión-refugio. Cada uno tiende a malinterpretar y deformar las culturas diferentes aplicando sus prejuicios, su propio sistema de valores, aspirando a la superioridad, en un estado de casi ceguera intelectual, incapaz de descentrarse, de ponerse en el lugar del otro. Este no es el esfuerzo que se requiere para alcanzar el verdadero conocimiento.

Hay que poner fin al aislamiento de nuestros mundos por medio del conocimiento mutuo, abrirse, viajar, dejarse transformar, sin diluirse o despersonalizarse. Cada uno tiene que estar preparado para visitar la herencia y la identidad evolutiva propia y del otro. Deconstruir la mirada occidental sobre el islam y la del mundo musulmán sobre Occidente. Ya no se puede acusar sólo al otro y negarle el derecho a la crítica. El ser humano está llamado a la libertad, a la humanidad reconciliada y a la circulación del conocimiento y no a la ignorancia, la exclusión y la opresión. Lo que está en juego es el ser común, la convivencia y el porvenir. Las cuestiones del sentido y la justicia continúan abiertas. El futuro de las generaciones exige a las élites que practiquen el conocimiento mutuo porque el mundo nunca había sido tan injusto, desigual y violento.

Políticos, científicos y humanistas de las dos orillas intentan refutar la propaganda de la confrontación, perjudicial para todos, construir puentes, dialogar, compartir, favorecer la solidaridad, reencontrar la amistad judeo-árabe e islámico-cristiana, la amistad entre los seres humanos, independientemente de sus orígenes y convicciones. No obstante, el ofuscamiento de los extremistas de todos lados y de aquellos que defienden intereses de estrecho alcance perturba a la humanidad. El lenguaje y el conocimiento

encuentran dificultades para traducir la realidad con el fin de corregir sus derivas y transformar el mundo. Las claves de lectura y los conceptos actuales no favorecen el acto de pensar y la acogida del otro. Es indispensable redoblar los esfuerzos en materia de circulación del saber para evitar el enfrentamiento entre los pueblos. La necesidad de reforzar la universidad en su misión de enseñar un saber crítico, abierto, independiente y libre es el reto de nuestro tiempo. Es necesario renovar los conocimientos teóricos para afrontar los desafíos.

El mapa geográfico del mundo y el tipo de sociedad impuesta no tienen en cuenta las aspiraciones de los ciudadanos. Ambos mundos, el occidental y el oriental, imbricados, relacionados, no podrán evitar que los desórdenes de uno repercutan en el otro. Occidente y el mundo musulmán no dialogan de verdad, no negocian lo suficiente. Simultáneamente, este siglo XXI se enfrenta a retos complejos, como son, en el ámbito político, la democracia; en el económico, el nivel de vida, el empleo y la energía; y en el cultural, las identidades y los símbolos sagrados. Desde el punto de vista teórico, cuando se asume la responsabilidad de gestionar el futuro, se impone poner fin, por medio del conocimiento, al miedo alimentado y amplificado y a la arrogancia, ambos malos consejeros. El sabio debe despertar las conciencias, ayudar a superar los clichés en torno a las amenazas y los riesgos, y verificar los detalles, los elementos en juego y las ecuaciones; ver lo que uno no ve de uno mismo y del otro

Por lo que respecta a los desafíos actuales, cabe citar los grandes cambios del mundo. El primer factor que ha cambiado en los últimos mil años, como ya destacó Ibn Khaldoun, es el aumento de la población. Ello significa migraciones importantes. Es necesario responder a los retos de la inmigración, de la ciudadanía y del multiculturalismo. El segundo cambio es el sistema de consumo del mundo económicamente desarrollado. El crecimiento destruye la naturaleza. El tercer cambio, que se inició hace cinco siglos, es el monopolio de los instrumentos de dominación: Occidente, que se considera el centro, gestiona el resto del mundo como una

periferia. En cuanto a las sociedades árabes, están debilitadas por el mal gobierno, las desigualdades y la falta de educación.

En lo concerniente al ámbito fundamental del conocimiento, en el mundo dominante, el aspecto inquietante es el cuestionamiento de la posibilidad de pensar. Nuestra época, que se define por su carácter tecnicista, pretende dominar la cotidianeidad mediante la razón instrumental, la explotación de los resultados de las ciencias exactas. Ello conduce a marginar la crítica y la pluralidad. Se evidencia la dificultad de asumir el derecho a la diferencia, intercultural e interreligiosa; pero nadie es monolítico, ya que cada uno lleva en sí mismo una parte del otro.

En conclusión, de las antiguas fórmulas totalitarias «todo es religioso» y «todo es político» se ha pasado a «nada es religioso, nada es político, ¡todo es mercancía!». Occidente dará ejemplo si favorece el conocimiento mutuo, el multilateralismo y la consolidación del derecho para reencontrar una nueva civilización común. La responsabilidad es compartida. Si tenemos grandes ambiciones y aspiramos a tener compasión por todos, hemos de aprender a conocer a cada uno, para poder ser justos y apreciar a cada persona por lo que es. Es de vital importancia aprender de nuevo a conocer y amar al otro y aceptar cuestionarse a uno mismo para consolidar los logros y corregir las derivas. Es posible reinventar valores compartidos. El conocimiento mutuo es el más bello y sólido de los puentes.

Enlaces relacionados

Blog de Mustapha Cherif

<http://mustapha-cherif.net/>

Web de la lección inaugural

<http://www.uoc.edu/inaugural09/>

Estudios Islámicos y Árabes de la UOC

http://www.uoc.edu/masters/esp/web/estudios_islamicos_arabes/estudios_islamicos_arabes/

Cita recomendada:

CHERIF, Mustapha (2009). «Los retos del conocimiento: ¿puente o deriva?». En: *Inauguración del curso académico del sistema universitario catalán 2009-2010* (2009: Barcelona) [en línea]. UOC. [Fecha de consulta: dd/mm/aa].
<<http://www.uoc.edu/inaugural09/esp/cherif.pdf>>



Esta obra está sujeta a la licencia **Reconocimiento-No Comercial-Sin Obras Derivadas 3.0 España** de Creative Commons. Puede copiarla, distribuirla y comunicarla públicamente siempre que cite su autor y la institución que la publica (UOC); no la utilice para fines comerciales y no haga con ella obras derivadas. La licencia completa puede consultarse en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/deed.es>.



Mustapha Cherif

Filósofo, profesor de Relaciones internacionales
Director de los Estudios Islámicos y Árabes de la UOC

mustaphacherif2002@yahoo.fr

Mustapha CHERIF, filósofo, profesor de Relaciones internacionales, director académico del máster de Estudios islámicos y árabes de la UOC, ha sido profesor invitado en el Collège de France y es autor de numerosas obras, entre las que cabe destacar *L'Islam et l'Occident : rencontre avec Jacques Derrida y L'Islam tolérant ou intolérant ?* (Éditions Odile Jacob, París, 2006; traducción española de Edicions Bellaterra, Barcelona, 2008).

